



ITINERARIOS INTERIORES

CON TEXTOS DE

Pablo d'Ors

Ruth Galve

Ricardo Pinilla

Cristina Álvarez Puerto

Luis González

Ramon Maria Nogués

Lluís Ylla (ed.)

CON SEIS ILUSTRACIONES DE

Cristina Álvarez Puerto

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 51

Primera edición JUNIO DEL 2019

Dirección editorial IGNASI MORETA

Producción editorial ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Ilustraciones e imagen cubierta CRISTINA ÁLVAREZ PUERTO

Impresión y encuadernación AGPOGRAF, S. A.

© 2019 LLUÍS YLLA
por la edición de los textos

© 2019 PABLO D'ORS, RUTH GALVE,
RICARDO PINILLA, CRISTINA
ÁLVAREZ PUERTO, LUIS
GONZÁLEZ, RAMON MARIA
NOGUÉS, LLUÍS YLLA
por los textos respectivos

© 2019 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 13.664-2019

ISBN 978-84-17796-06-8

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ÍNDICE

<i>Prefacio. Invitación a caminar</i>	7
SILENCIO, <i>por Pablo d'Ors</i>	13
PALABRA, <i>por Ruth Galve</i>	27
SABIDURÍA, <i>por Ricardo Pinilla</i>	45
ARTE, <i>por Cristina Álvarez Puerto</i>	59
CORPORALIDAD, <i>por Luis López</i>	75
CIENCIA, <i>por Ramon Maria Nogués</i>	89
ESPACIO Y TIEMPO, <i>por Lluís Ylla</i>	103
<i>Epílogo. Meditación sobre unos versos de León Felipe</i>	119
<i>Sobre las ilustraciones</i>	124



PREFACIO

INVITACIÓN A CAMINAR

CAMINOS...

El silencio me había acercado a Pablo.
Encontrar a Ruth fue redescubrir la palabra.
Nos preguntamos con Ricardo.
Oí a Cristina recitar sus poesías.
Paseé frente al mar con Luis.
Contemplé la vida con Ramon Maria.
Habité en el espacio y en el tiempo.

Me puse en camino buscando recorrer espacios interiores y al momento me di cuenta de que se abrían muchos caminos. La seguridad de lo simple, la comodidad de lo conocido, se alejan velozmente por poco que uno se abra al viento que más sopla en un momento determinado. Porque cambian los vientos y el mismo paisaje es distinto al paso de las horas y de la luz. En un recodo aparecen nuevas sendas y buenos consejos proponen otras rutas.

Pero, al fin y al cabo, cada uno tiene «su» camino, su propio y singular camino que solo él está preparado para recorrer y que solo a él corresponde. Camino hecho de etapas: unas solitarias, otras en compañía. Unas veces se siguen rutas anchas, otras veces uno se aventura por veredas, y otras se deshace la senda que se prometía feliz. Momentos placenteros, contemplaciones preciosas, cuestras amables. No faltan las etapas duras, realmente duras, como para desistir definitivamente. Seguir a veces es un milagro. La palabra *éxito* no se encuentra por estos caminos. Se ha andado, se ha vivido. Al llegar uno siente el gozo de la meta alcanzada, la riqueza que le queda impregnada, y se da cuenta de lo que de uno mismo ha quedado en la ruta.

Camino que no está dado, que *se hace al andar*, como decía el poeta. Abierto a todos los vientos, se recorren sendas distintas, se avanza y se retrocede y se descubren nuevos contornos ahí por donde ya se había pasado. Cada uno tiene su *propio* camino. Cada uno debe andar su camino en su geografía interior.

Pero ¿por qué no quedarse en el aparente encanto —o en la servidumbre— de lo cotidiano?

Uno sabe que, con la edad, indefectiblemente, el camino a veces deviene adusto, desabrido. Uno se sabe

frágil, contradictorio. ¿Por qué no regresar, por qué no dejar el mundo interior en un barbecho prolongado? ¿Por qué no ser un giróvago que sigue promesas fáciles? Voces interiores y consejos que se oyen invitan a ello. Otras voces y otros consejos nos insisten en que quizás sería bueno cuidar esos espacios interiores por si devinieran un poco vega o prado. Andar, decidido y calmoso, hacia un adonde sentido.

Me puse en camino y muy pronto me di cuenta de que eran muchos los caminantes que buscaban lo bello, lo verdadero, lo justo, desde su sensibilidad particular. Cuando coincidía andando a su lado, con algunos el saludo cortés daba pie a un diálogo quieto, el que permite el paso del caminante. El tiempo, la distancia, el calzado, de dónde vienes, adónde deseas llegar... siempre diálogo entre personas, aunque se hable de cosas. Y ese conversar devenía compañía y, cuando nos dejábamos un tramo más adelante, sentía que había aprendido. Que algo de ellos seguía conmigo. Y que quizás algo de mí andaría con ellos. Maestros andantes, un privilegio del camino.

En el caminar propio y único, uno aprende de sí mismo, pero sobre todo aprende de otros y otras. Conocí a personas que sabían hacer sus andanzas. Sabían de sus caminos y se habían convertido en artesanos

hábles y amantes de ellos. Porque, a lo largo de la vida, por azares o necesidades, la persona que a ello se dispone va cincelando algo muy único, muy propio.

Al mismo tiempo, a medida que uno se hace más uno con su singularidad, uno se desprende de ella, como si se convirtiera en algo natural. Como el bailarín que baila como si no bailara, el poeta que rima como si no rimara, el campesino que labra como si no labrara y el caminante que camina como si no caminara. Como si, a pesar del cansancio, sorprendentemente, el cuerpo anduviera más ligero.

Retornando a un amigo, aun sin haberlo conocido, Dag Hammarskjöld, recuerdo que decía que el viaje más largo es el viaje hacia el propio interior. Será el más largo de los viajes que cada uno haga. Porque viajemos más o menos lejos, nos descubramos caminantes, viajeros o peregrinos, todos andamos pasando, en caminos de polvo o asfaltados o sobre rieles o en el aire. Y hoy podemos añadir que también nos desplazamos por el éter y las ondas, como si siempre se hubiera viajado también así. Aun así, de nuevo, sea cual sea el medio de transporte, el viaje más largo es el viaje hacia uno mismo.

Como imagen, quedémonos con el viaje a pie, en el que nos toca despojarnos de quehaceres y haberes. Ahí

vamos quedándonos con lo que somos. Y cuando nos encontramos con otros viajeros, intuimos esa igualdad y pobreza extrema que se da cuando tenemos bien poco y nada que hacer. O solo caminar. Pero no se trata de retornar a ascesis, a exaltaciones de la voluntad: esta invitación a caminar, que sabemos exigente, es una invitación a vivir, a sentir, a admirar, a amar, verbos que solazan la andadura.

Me puse en camino porque lo aprendí de otros buscadores de lo interior, que se me antojaron gente de bien vivir, es decir, de esa gente que hace sentir que la vida vale la pena y que es mejor vivirla a fondo y con intensidad. Personas que atisban a lo cercano y lo lejano. Cada uno escoge a quién coloca en su ara de maestros caminantes. Ayudan a caminar, saben el gusto de su camino. Cada uno te anima a una particular forma de andar, a recorrer el terreno por rutas bien distintas. Agradecí que en esta época de pragmatismo y de soluciones-receta no me hablaran de métodos ni técnicas, sino de sencillos acentos. Cada cual su acento. En cualquier caso, ese camino más largo merece ser recorrido con el deseo sentido o dejándonos empujar por un viento que nos lleve a nuestro sitio.

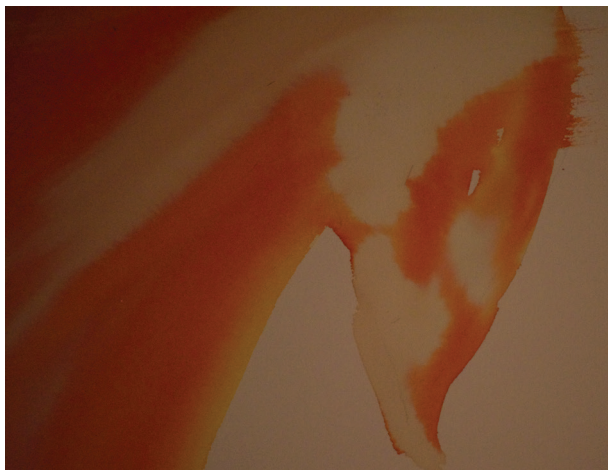
Cada caminante ha dejado algunas anotaciones de entre otras muchas que podrían escucharse al andar

a su vera. Cada uno con su acento, su acento único y distinto. Solo al final del viaje sentí que todo había sido dicho, todo había sido acentuado, todo había sido callado. Pablo, Ruth, Ricardo, Cristina, Luis, Ramon Maria, habían sido mis compañeros y maestros y me invitaban a ir más lejos de mí mismo y de ellos mismos. Me animaban a andar mi camino.

LLUÍS YLLA

SILENCIO

Pablo d'Ors



EL SILENCIO ME HABÍA acercado a Pablo. Le pregunté: ¿el silencio o la palabra?

La vida se inicia solo y en silencio. Luego vienen el grito y el llanto, como cantaba León Felipe. Más adelante, la mayoría de los caminos los iniciamos y terminamos solos y callados por más que haya gente a nuestro alrededor. Por más que sabemos cuán bien va a menudo avanzar con otros, en compañía. ¿Quizás también los grupos precisan saberse acallar juntos?

El espacio, el tiempo y el silencio. Pienso, recuerdo, imagino, y el silencio se entreteje con palabras y con el espacio. No lo contraponemos a la palabra. Esta resuena en él cuando mejor se oye y se aprecia; cuando sus timbres resuenan y nos hablan de ecos es cuando se dice en el silencio.

Empezamos con la palabra acallada una andadura para adentrarnos en el mundo interior. En sosiego, en quietud, con una pregunta muy tenue, tímida y a la vez tremenda... o que se levanta grávida al lado de la cama de un herido, de un enfermo, de un moribundo. Sin nada que decir y sin un yo que se atreva a hablar.

Conocí a Pablo a causa del silencio, a causa de su búsqueda radical que sentí que simpatizaba con mi búsqueda quizás menos definida. Lo que me atrajo especialmente era la relación que establecía entre él y la búsqueda de felicidad, de verdad o de vida plena. Esa música callada está presente en la narrativa de Pablo, aunque no hable de ella. Silencio que atraviesa la palabra y abre a la Palabra, que Pablo escribe en mayúscula, desde su compromiso cristiano.

Ese callar acompaña también el andar de Pablo, andadura con muchos otros «silenciadores» en un mundo a menudo ruidoso. Sentados antes o después del camino diario, crean espacios de quietud y sosiego con los que llenan la geografía.

¿Es posible que nazca algún gran viaje, alguna gran aventura, algún gran proyecto, alguna gran decisión... sin que se haya macerado en este lugar callado y en quietud? Escuchando a Pablo, el verso impactante del Evangelio de Juan, «al comienzo existía la Palabra», me suscita: sí, y la Palabra primera se dijo en un gran silencio.

Tiene sentido que ese sea el primer itinerario. Como si el silencio, con su buena compañía que es la soledad, constituyera el lugar a partir del cual deben salir todos los itinerarios, desde el cotidiano de cuando nos levantamos al de cualquier acción prosaica u original que emprendamos. Silencio previo al decir, al hacer, al reflexionar...

L. Y.

No había que buscar en el silencio,
sino el silencio mismo.

El olvido de sí

La única pregunta necesaria: ¿quién soy yo?

Biografía del silencio

Al intentar responder, me percaté de que cualquier atributo que pusiera a ese «yo soy», cualquiera, pasaba a ser, bien mirado, escandalosamente falso.

La mejor definición de mí a la que hasta ahora he llegado es «yo soy». Simplemente.

Hacer meditación es recrearse y holgar en este «yo soy».

SOLO DE ESO

El silencio no es la ausencia de ruido,
sino la ausencia de ego.

JAVIER MELLONI

¿De qué depende que un acto esté vivo? De que nos pongamos en él en juego. ¿De qué depende que siempre nos pongamos en juego? De que estemos despiertos. ¿De qué depende que estemos despiertos? De la práctica del silenciamiento, solo de eso.

¿Qué significa vivir espiritualmente? Simple y llanamente, estar vivo. Contra lo que suele pensarse sobre las personas espirituales —que están en las nubes y viven fuera de este mundo—, un hombre o una mujer espiritual es precisamente aquel o aquella que vive plenamente inmerso en lo real.

Cuando san Pablo escribe: «Para mí, la vida es Cristo», no está afirmando que, entre todas las cosas que tiene la vida, sea para él Cristo la más importante, sino que justamente dice que la vida, toda ella, la vida de verdad, el tiempo y el espacio en que existimos, todo eso es Cristo, lo cual se identifica con Él, que es la misma cosa.